EL MUNDO AL REVÉS

Diego Sheinbaum*

Es fácil imaginar que un equivalente moderno de la cicuta hubiera sido el destino más probable de Julián en el ITAM. Los cargos no serían diferentes: Julián, como Sócrates, sería acusado de corromper a los jóvenes y de no creer en los dioses de la ciudad. “¿Cuáles dioses?”, quizá preguntaría alguien pensando que en el ITAM no se imparten creencias y supersticiones. “Pues el liberalismo”, habría que contestar, “la racionalidad del hombre, la ortodoxia económica. Esos son los dioses, los ídolos, los becerros de oro del ITAM”.

“¿Y la corrupción de los jóvenes? ¿De que tipo de corrupción estás hablando?” De los ataques de Julián contra los evangelios económicos, creencias que no ven más allá de su narices, y que detrás de la teoría lo único que promueven es un egoísmo cínico y suicida, que tiene al mundo al borde del colapso ecológico y social. En cambio, Julián nos enseñaba la importancia del humor y el ingenio, la manera de usarlos para desenmascarar a las autoridades, para mostrar qué ridículas eran en sus pretensiones. Nos enseñaba que si, a fin de cuenta, íbamos a vivir de acuerdo a las ficciones que difundían maestros y gobernantes, mejor sería buscar ficciones más finas, más profundas, cuentos que le hicieran más justicia al mundo, a la multiplicidad de seres, a los variados recursos y facultades de la naturaleza humana.

* Escritor. Egresado de Ciencia Política, ITAM.

DIEGO SHEINBAUM

En infinidad de ocasiones vi a Julián llevar a cabo esta profunda actividad pedagógica: destronar a autoridades de todo tipo, a veces sólo mencionándolas de pasada, a veces confrontándolas directa y personalmente. Lo vi hacerlo en clase, en presentaciones de libros, en exámenes profesionales, en su propia escritura. En todas estas oportunidades, Julián se las ingeniaba para mostrar cómo detrás de los supuestos reyes y presidentes había malos actores. El humor y la temeridad que desplegaba en estos ataques no los he visto desplegados por nadie más. Quizá por eso Julián me parecía salido de alguna extraordinaria página de Villon: un poeta-criminal con un profundo conocimiento de la vida.

Aún más patente era la semejanza con el otro gran poeta y humanista francés: Rabelais. No me refiero tanto a la forma pantagruelsca de Julián de beber, celebrar y calumniar, sino a su capacidad para pintar al mundo de manera exacta por medio de las más desbordadas fantasías; me refiero a su excepcional talento para mostrar el sentido común de la locura, y los pálidos —pero no por eso menos peligrosos— desvaríos de la razón. Y, sobre todo, me refiero a su forma de voltear el mundo de cabeza y hacernos sentir que esa era su posición natural. Recuerdo que en mi examen profesional, de pronto me descubrí fuera del banquillo y a Julián interrogando a algunos de los sinodales que lo acompañaban, como si fueran ellos los que había que poner a prueba.

Así, lo que habla mejor del ITAM en los últimos 25 años, no es tanto todos los ex-alumnos que ahora ocupan importantes cargos, que se han vuelto tomadores de decisiones en un país que se desmorona a cachos, sino el hecho de mantener en su seno como profesor a Julián, el hecho de haber aguantado sus desafíos, sus críticas temerarias, la continua fisura que provocaba en las rígidas disciplinas de estudio de las cuales se jactaban la mayoría de los profesores. Hablo sobre todo de aquellos profesores que imparten las “ciencias” que ahora dominan nuestra visión de la sociedad, “ciencias” que creen únicamente en el cálculo y la utilidad; como si hacer piruetas con la mente fuera más importante que enseñar los principios de la acción humana, los compromisos con la comunidad. Era el tipo de cosas que enseñaba Julián sin enseñarlas. Porque su clase nunca fue un dictado, nunca aprendimos fórmulas ni

máximas, no hubo ni siquiera un cuerpo canónico de lecturas. En realidad, pensándolo bien, en su clase nunca hubo clase. Había largas charlas donde saltábamos de un tema a otro sólo guiados por esa antigua divinidad llamada Eros. Pláticas sobre el amor, la amistad, la creación artística, la idiotez humana que la mayoría de las veces continuaban fuera del salón de clases, y se extendían horas en restaurantes, entre carcajadas.

Durante esas horas el mundo volvía a ser ese lugar de la estupidez y de la genialidad, de la locura y de la extravagancia. Así, hoy como entonces, conversar con Julián es una forma de restituirle los colores al mundo, su magia y su bajeza, su brillantez y su vulgaridad, es aproximarse al mundo con un lenguaje diferente, más rico, más preciso, más personal.